

Los movimientos sociales de adultos mayores

Desde los años 80 se han ido conformando en América latina diversos movimientos sociales de personas mayores que luchan por reivindicaciones vinculadas a su calidad de vida e inclusión social.

La profesora Silvia Gascón elaboró un extenso trabajo sobre este tema del que se brinda una síntesis en estas páginas.

Nuevos roles participativos en la Tercera edad



Por
Silvia Gascón

Los grandes cambios ocurridos desde el inicio de la sociedad industrial hasta la actualidad han propiciado nuevos valores, formas de acción y de organización social. Ha desaparecido el paradigma clásico que veía en la posición estructural el elemento que determina la acción colectiva y los actores sociales. En América latina ha cambiado la matriz sociopolítica que los contenía, que representaba la fusión entre el Estado, los partidos políticos y los actores sociales. Esta matriz –con variaciones entre países y períodos– prevaleció desde los años 30 hasta los 70 con un actor central: el Movimiento Nacional y Popular, que, integrado por distintas organizaciones sociales, tenía como eje articulador al movimiento obrero. Liderazgo que en algunos países y eventualmente fue reemplazado por campesinos o estudiantes.

Los Movimientos Sociales –con mayúscula– que surgieron como

fuerzas unívocas por los años 40 han desaparecido, dando paso a nuevos movimientos sociales, quizás con minúscula, que surgen transformados y múltiples, varios años después.

Alberto Melucci y Enrique Laraña analizan los movimientos sociales como una forma de acción colectiva que integra distintos elementos: apelan a la solidaridad para promover o impedir cambios sociales; implican un conflicto entre dos o más actores que compiten por el control de recursos; implican una ruptura de los límites del sistema de normas y relaciones sociales en el que se desarrolla una acción; y tienen capacidad para producir nuevas normas y legitimaciones en la sociedad.

Contrariamente a lo sucedido en los años 70 –el Estado en el centro de la sociedad y las estrategias de toma del poder en el centro de la discusión– durante los 80, en Europa y luego en Latinoamérica, co-

menzaron a surgir “nuevos actores”. Los cambios culturales y sociales, el desempleo, la pérdida de legitimidad de los partidos políticos y los cambios en las relaciones entre el Estado y la sociedad civil colaboraron en su aparición. Los nuevos movimientos sociales ya no plantean modelos nacionales independientes o transformaciones clásicas acabadas.

Nos encontramos ante actores más fluctuantes y más ligados a lo sociocultural que a lo económico y político, que ubican el centro de sus luchas en reivindicaciones por la calidad de vida y la inclusión social. Se caracterizan por la defensa de su identidad, se basan en relaciones de cooperación y solidaridad, se orientan hacia metas específicas y desdennan las formas tradicionales de participación política. No sólo movilizan a individuos o clases en función del sistema productivo, sino que definen su identidad por características ét-

nicas, religiosas, regionales, de género y etarias, entre otras.

En cualquiera de sus expresiones, los caracteriza su capacidad de construir identidad, de distinguir un adversario y de pretender transformar algún aspecto del sistema. Las organizaciones de personas mayores de la región que cobran impulso en los años 80 comparten estas características. Estos movimientos se constituyen a partir de una identidad adscrita –la edad– y tienen como primera tarea modificar el paradigma vigente de envejecimiento asociado a enfermedad, pobreza y discapacidad. Sus integrantes expresan necesidades y demandas no articuladas en la esfera pública ante un Estado debilitado, sin capacidad de dar respuestas adecuadas. Los nuevos movimientos sociales suponen voces críticas que desarrollan una nueva forma de activismo que se interesa –en términos generales– en proteger y mejorar las condiciones de vida humana, creando oportunidades para sí mismos o para otros, tal el caso de las redes sociales.

Estas formas de expresión del conflicto nacen paradójicamente en contra de los movimientos clásicos, acusados de burocratización, anquilosamiento y desmovilización. Representan nuevas formas de hacer política y sobre todo de relacionar lo público y lo privado. Señalemos algunas de sus principales características:

- Presentan una elevada integración simbólica, una escasa especificación de roles y diversas formas de organización y acción.
- Su modo de actuación se aleja del repertorio directo, inflexible y corporativo, para ser indirecto, flexible y basado en formas de asociación creadas para la lucha.
- En lugar de segmentar temas y

actores, hace posible que diversos sectores marchen sobre la misma bandera.

- Sus integrantes no provienen de los sectores más pobres o marginales, sino más bien todo lo contrario.
- Tienen mayor independencia de las fuerzas políticas.
- No se organizan contra algo, no tienen un “enemigo concreto”, sino que luchan contra ciertas formas de discriminación o exclusión.
- No están ligados a la construcción de una sociedad “ideal”, sino a descubrirse a ellos mismos, a “reinventarse”.

Si analizamos las organizaciones de mayores a la luz de estas características, veremos que comparten muchas de ellas. Pero también siguen presentes otras que los ligan a las viejas formas de activismo y participación social.

En el previsto escenario de aumento de la cantidad de personas mayores en casi todos los países latinoamericanos, es necesario el fortalecimiento de las instituciones estatales y el aumento de la capacidad de los gobiernos para diseñar y aplicar programas sustentables que proporcionen adecuada cobertura social. Pero también es necesaria la generación de movimientos sociales de las mismas personas mayores dispuestas a ejercer sus derechos ciudadanos de control sobre las prestaciones y servicios que se les dirigen, y a participar con efectividad en la concertación de políticas que afecten sus intereses y condiciones de vida.

Los llamados “movimientos grises” en las sociedades envejecidas son mucho más que grupos de lobby sectorial. Sus acciones comprenden, entre otras, la defensa de la calidad de las prestaciones públicas y de la seguridad social, la

provisión de viviendas a sus asociados, el trabajo voluntario, las bolsas de trabajo para mayores de 55 años con bajos ingresos, los servicios de turismo o de seguros, el asesoramiento financiero para el manejo de fondos, la participación en proyectos de legislación que los afectan y las investigaciones académicas sobre problemas médicos, sociales, políticos y económicos vinculados con el envejecimiento poblacional e individual.

El mayor impacto de la acción de los movimientos sobre la sociedad fue la transformación de los “estereotipos compasivos”, que colocaban a las personas de edad en el lugar de los necesitados de “servicios o asistencia”, por la cada vez más clara noción acerca de la importancia social y política de los mayores en las actuales sociedades envejecidas. A su vez, promovieron entre las personas mayores el sentimiento de formar parte de un colectivo basado en la edad, con problemas y frustraciones experimentados por miles, tal vez millones, de pares, algunas de cuyas soluciones pueden hallarse en la acción social y política colectiva.

En los países más envejecidos de la región se registró desde la última mitad del siglo pasado un creciente aumento de asociaciones de personas mayores, que se organizaron siguiendo las modalidades propias del movimiento sindical o de mutualismo. A partir de los años 80, con la preeminencia del paradigma que proponía la gestión participativa de políticas sociales, cobró fuerza la formación de asociaciones de personas mayores entre la población excluida de la seguridad social, principalmente en contextos de pobreza urbana.

La dependencia que ambos tipos de organizaciones tienen de los organismos públicos, fundamental-

“Los llamados ‘movimientos grises’ en las sociedades envejecidas son mucho más que grupos de lobby sectorial. Sus acciones comprenden, entre otras, la defensa de la calidad de las prestaciones públicas y de la seguridad social.”

“El mayor impacto de la acción de los movimientos sobre la sociedad fue la transformación de los ‘estereotipos compasivos’, que colocaban a las personas de edad en el lugar de los necesitados de ‘servicios o asistencia’”.

mente de los subsidios estatales, limitan sus posibilidades de fijar temas en la agenda pública de las políticas sectoriales, así como de desplegar una acción eficaz en el control de programas y servicios. La conformación de un movimiento que ejerza poder en el centro de las decisiones que les conciernen es aún una asignatura pendiente en la mayoría de los países de la región. La población hoy mayor, particularmente en los países del cono sur, ha sufrido de manera muy particular el proceso de empobrecimiento al que se vieron expuestos diversos grupos sociales. Esta población, protagonista del período de crecimiento económico en los años 50, cuya lógica social se basaba en la movilidad ascendente y en la justicia social, ha vivido un deterioro significativo de su calidad de vida. Estos mayores, que integran el colectivo de los “nuevos pobres”, cuentan, sin embargo, con recursos que ellos mismos reconocen: una red de relaciones –en la cual las asociaciones de mayores juegan un rol– una casa propia en la que vivir, “un sentido de dignidad personal que ha naturalizado en ellos la condición de sujetos poseedores de un conjunto de derechos, que aunque avasallados, no consideran desaparecidos”. Si bien es cierto que el desengaño y la desconfianza los han alejado de la participación en los partidos formales, existen potencialidades de acción colectiva en una generación que dispone de una memoria colectiva vinculada a la lucha por la justicia social y el compromiso con valores éticos. Sin embargo, las prácticas sociales de muchos mayores de los sectores populares organizadas en las últimas décadas se caracterizaban por la monotonía. Así lo percibían los propios actores. En no pocos casos, el alargamiento de la esperanza de

vida en edades avanzadas –bastantes años más allá del fin de la etapa laboral activa o de las actividades de apoyo a la socialización de hijos y nietos– se traducía en rutinas desprovistas de sentido creativo. Se trataba de generaciones educadas para el trabajo y la reproducción doméstica, que no encontraban alternativas satisfactorias para llenar los años de vida ganados. En respuesta a estas realidades, desde organismos públicos, iglesias y organizaciones sociales se promovieron diversas modalidades de participación y organización entre pares tendientes a la integración social, la prestación de servicios comunitarios y, fundamentalmente, la ocupación del tiempo libre. Pero muchas veces contribuyeron a difundir imágenes de prácticas infantilizadas o promovieron miradas compasivas debido al carácter asistencial o reparatorio que se les confiriera. Los múltiples intereses individuales de los mayores orientan las acciones hacia diversos campos. Resulta de particular interés el potencial que ofrece su participación en el diseño y control de servicios y políticas vinculadas con su bienestar y el de la comunidad. Es clave el desarrollo de esa integración en un accionar que facilite la ruptura de estereotipos sociales negativos, la lucha contra la discriminación por edad y abogue por la equidad entre géneros. ¿Qué pasos deberán dar las personas mayores para conformar movimientos sociales ligados a procesos de transformación? ¿Cuáles características irán ayudando a “producir la diferencia”? Seguimos en este punto a Dalton, Kuechler y Bruklin para apoyarnos en algunas variables que puedan orientar el análisis. Desde lo ideológico: generar mayor conciencia de edad, aumentarla so-

bre las ventajas y posibilidades del envejecimiento activo, abandonar prácticas clientelares y “estilos compasivos”. Trabajar desde los derechos ciudadanos.

Con relación a las bases de apoyo: nuclear no sólo a jubilados, sino a todos aquellos dispuestos a construir un nuevo paradigma sobre el envejecimiento con dignidad. Defender derechos específicos, con respeto por las diferencias que favorecen alianzas con otros grupos etarios y organizaciones.

Desde las motivaciones para participar: pasar del interés individual a la búsqueda de un ideario común compartido. Avanzar de las actividades centradas en la recreación y uso del tiempo libre hacia las de lucha por derechos sociales, políticos y civiles a lo largo de toda la vida.

Desde la estructura organizativa: evolucionar de estructuras jerarquizadas y centralizadas hacia las que favorezcan integración y trabajo en red. Que las organizaciones sean también canales para la participación directa que faciliten el surgimiento de representantes que “ganen” el espacio político.

Desde el estilo político: a diferencia de los movimientos sociales clásicos, los nuevos prefieren situarse al margen de los circuitos institucionales y presionar a través de los medios de comunicación.

El tema está lejos de estar cerrado. Estos nuevos movimientos sociales expresan rebelión, sobrevivencia, destrucción y nacimiento. Representan nuevas potencialidades para la construcción de la ciudadanía y para la participación organizada. Y –aunque parezca paradójico– también será significativa su influencia en la revalorización de las ideologías y en la reconstrucción de la política en el sentido más noble de la palabra: su orientación hacia la búsqueda del bien común.